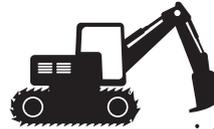


la caída de

Katrina

por **José Kattan**



Los dos textos que vienen a continuación están escritos a de partir un hecho aparentemente trivial para cualquier ciudad, pero que en Cali se ha convertido casi que en tópico de varios artistas locales: la demolición de una casa. Tanto en *La Caída de Katrina* de José Kattan como en *Imagen y territorio* de Alberto Ayala, La transformación de la ciudad es la excusa perfecta para expresarse sobre la relación entre ciudad, fotografía y memoria, un tema que, por cierto, nos apasiona.

Cuando llegué, el combate había comenzado. Desde mi viejo y ruidoso Toyota 71 y por encima del escándalo que producen los camperos que van a Terrón Colorado y los buses Crema y Rojo ruta 2, sumado al de los camiones repartidores de alimentos y los Mercedes Benz de los habitantes del sector, se escuchaba el rugido grave y monótono de un rabioso monstruo mecánico.

Trepé el jeep al andén y lo estacioné al pie de la muralla metálica que rodea el campo de batalla, dispuesta para proteger a los transeúntes, pero que también ayuda a ocultar lo que ocurre tras ella. Me encaramé en el techo del vehículo y recibí en mi rostro una nube de polvo que me irritó los ojos, me invadió las vías respiratorias y se me atascó en la garganta. En ese preciso instante un transformer del tipo retroexcavadora (gigantesca máquina inspirada en los miembros articulados de los insectos, operada por humanos, con capacidades destructivas proporcionales a su gran tamaño) le daba un tremendo empujón al segundo piso de Katrina con su brazo largo de poderosas garras. Punto a favor para la máquina: las paredes se vinieron abajo y la nube de polvo me envolvió.

Saqué mi cámara —arma cazadora de memorias, ojo ciclópeo que recuerda todo lo que ve— y la apunté hacia el teatro de operaciones donde el *transformer* la emprendía implacablemente contra una vieja casa que luchaba vana pero heroicamente contra su destino inevitable.

El mecano arrasador, guiado por su maquinista humano, decidido a borrar todo rastro de Katrina, arañaba ahora con su garra las bases de las columnas de la sala principal hasta convertirlas en pequeños montones de ladrillo molido; a continuación atacó a manotazos la plancha del segundo piso y se anotó otro tanto: la plancha se vino abajo con un ruido ensordecedor. Por un instante el dúo hombre-máquina retiró su brazo articulado, mientras múltiples fragmentos de concreto caían al piso. Se hizo un breve silencio. El *transformer* rugió e intentó continuar con su ataque, pero comenzó a entender

que no la tendría tan fácil con su víctima: sus patas de oruga se enredaron en las venas metálicas que sostenían a Katrina, varillas de pulgada, residuos de una época en la que las construcciones se hacían sólidas y sin escatimar materiales. Mucho debió sacudirse la máquina para liberarse de esta telaraña ferrosa. Sus orugas quedaron muecas. Punto para la casa.

La suerte de Katrina estaba decidida desde hacía dos años y medio, cuando se concretó la entrega a sus nuevos propietarios. Tras 60 años de vida, la casa construida por mis abuelos debió venderse. Katrina era el símbolo del triunfo de la tenacidad de un par de viejos descendientes de comerciantes fenicios, tribus cananeas y nómadas beduinos, provenientes de una nación que dejó de existir, una nación usurpada por invasores desde tiempos bíblicos, quienes desterraron a sus habitantes originales en distintas épocas.





Mis abuelos Hanna y Katrina llegaron a Colombia en la oleada de 1920, cuando los palestinos, que antes de la Primera Guerra Mundial fueron turcos, pasaron a ser súbditos británicos. Después de recorrer kilómetros de territorio y negociar kilómetros de telas, los inmigrantes y sus hijos nacidos en América, se establecieron en Cali. No solo traían el comercio en la sangre, sino también el ahorro. En 1948 construyeron su casa propia en el barrio de Santa Teresita, que se convirtió en el símbolo del éxito, del desquite silencioso de todos sus infortunios y la bautizaron con el nombre de la abuela: Katrina.

La magnitud de Katrina habla de la gloria alcanzada: en un lote de casi mil metros cuadrados, más de 900 estaban construidos con la solidez y las dimensiones de las estructuras que se levantan con la visión de trascender en el tiempo, con generosidad de materiales y amplios espacios interiores destinados a albergar familias numerosas que crecen y que sueñan con vivir felices y en paz, dentro de su propio territorio, donde ningún invasor los pueda desterrar de nuevo.

Katrina devino en epicentro social de la villa convertida en ciudad. Sus puertas estaban abiertas a las celebraciones; sus mesas repletas de manjares, dispuestas para atender a decenas de invitados; en sus salas bailaron y cerraron negocios los más encumbrados representantes de la alta sociedad caleña. La prosperidad de la familia se ratificaba con las generosas atenciones y la concurrencia sofisticada que se daba cita entre sus muros.



El sueño duró varias décadas, pero la familia exitosa de los románticos años cincuenta y los prósperos sesenta y setenta, atrapada dentro de su propia burbuja, no estaba preparada para los códigos comerciales de los nuevos mercados especulativos. Los negocios familiares sucumbieron y Katrina se convirtió en una pesada carga económica.

Después de siete horas de combate, que presencié sin retirar la mirada, parado sobre el techo del Toyota, envuelto en polvo, ensordecido por los manotazos de la máquina y salpicado por la lluvia de escombros, Katrina cayó, no sin antes haberle partido dos

dientes a la garra del monstruo y haberle sacado sangre aceitosa a sus mecanismos recalentados por la fuerza desplegada para derribar sus duras paredes y sus planchas macizas.

Agobiado, apago mi cámara y desciendo del campero.

Una vez disipada la nube de polvo, tras la muralla metálica que oculta el crimen regresa el silencio. En tan solo 7 horas-máquina la sexagenaria Katrina fue borrada del mapa y rápidamente desaparecerá también de la frágil memoria de los transeúntes-ciudadanos, quienes sin darse cuenta verán surgir en ese terreno una nueva estructura y en poco tiempo les parecerá que siempre ha estado allí.

Más de noventa viajes de volqueta son necesarios para retirar los restos de la vieja residencia familiar. Los centenares de ladrillos y baldosas que sostenían y adornaban la estructura de Katrina, son ahora removidos por el mismo *transformer* que la derribó y depositados dentro de estos carruajes mortuorios que los llevan imposibles hacia los depósitos de cadáveres arquitectónicos, hacia las morgues de escombros.

Allí descansarán sin paz sus restos.

José Kattán. Alimentado con una sana mezcla de quibbes y pandebonos, tabbule y chontaduro y graybes con manjarblanco, creció en lo que se llama un medio bicultural. Su madre quería que fuera médico, pero él se metió a estudiar agronomía. Entre el bisturí y el azadón, la vida (o más exactamente, su hermano Gazy) puso un día en sus manos una Minolta SRT101 y lo introdujo en el ambiente rojizo de un laboratorio de fotografía. Las tres décadas siguientes toda su ropa olía a ácido acético y tiosulfato de sodio. Ahora captura imágenes en un sensor CMOS y las procesa en un PC, pero su vida sigue siendo la fotografía. Su último deseo es que cuando muera no lo metan en un ataúd, sino en una *cámara oscura*.

